

Nuestro ilustrador: Fernando Sánchez Torres

Cuando Macondo se llamaba Ítaca

Juan V. Fernández de la Gala*



Conozco bien a Fernando, porque hace tiempo que somos convecinos en esta misma ciudad imaginaria de Macondo. Ya saben, esta aldea de apenas veinte casas de barro y cañabrava levantada a orillas de un río de aguas diáfanas, como diáfanas son también sus pinturas. Allí, contando y pintando el mundo y sus sorpresas, Fernando encontró el mejor modo de luchar contra el insomnio de la desmemoria, esa terrible epidemia de un hoy sin ayer que nos azota. Fernando lo hace para no olvidar. Y lo hace también para que no olvidemos. Eso sí, cuando llega el gitano Melquíades con sus fierros mágicos y sus saberes arcanos, al pintor Sánchez Torres le falta tiempo para echarse a la calle y acudir gozoso al espectáculo de la maravilla del hielo y de la piedra imán y de la alquimia feliz que se cuece en el atañor, al calor de su entusiasmo y de su curiosidad sin límites.

Al margen de las metáforas, nuestro ilustrador, Fernando Sánchez Torres, es un médico colombiano, especialista en obstetricia y ginecología. Ha sido muchos años profesor titu-

lar de esta especialidad, decano en la Facultad de Medicina y rector de la Universidad Nacional de Colombia. Como Cajal, sintió desde muy pequeño una inclinación apasionada por la pintura, que es también una especie de alquimia extraña de colores y formas. A los nueve años se matriculó clandestinamente en un curso de dibujo que la Escuela de Bellas Artes organizaba en horario nocturno para obreros y trabajadores de la construcción. Fernando duró allí lo que tardaron en enterarse sus padres, cuando el niño había agotado ya una buena colección de excusas para explicar sus andanzas a deshora por las calles de Bogotá. No hay duda de que el deslumbramiento de aquel amor clandestino le dura hasta hoy.

En la escuela primaria y el bachillerato, el alumno Sánchez Torres sorprendió a sus maestros con una mano diestra que era mucho más diestra de lo que hacía suponer su edad. Guarda todavía algunos trofeos y diplomas escolares de entonces en los que se le alaba mucho «su aplicación artística» y «su gran disposición para la pintura». Por fortuna, en el primer año de Medicina, se dictaba la asignatura de Dibujo Médico. Regentaba esa cátedra el maestro Miguel Díaz Vargas, que había formado su pulso de pintor insigne en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid. Y mientras sus compañeros de curso resoplaban sobre el bloc y borraban una y otra vez las torpes líneas de un esbozo anatómico imposible, Fernando se sentía feliz, lápiz en mano, entrecerrando los ojos para tomar la medida justa y aplicando luego tonos de color para realzar el efecto. Al terminar el curso, Díaz Vargas llamó a su alumno más brillante y pasaron revista juntos a la carpeta de trabajos. El maestro le puso la mano en el hombro, lo miró largamente y al fin le dijo: «Sánchez, hágame caso: no estudie usted Medicina. Mejor, dedíquese a la pintura. Le ofrezco mi taller. Venga usted cuando quiera».

Fernando Sánchez Torres siente todavía las palabras de su maestro dolorosamente clavadas en el ánimo. Fue aquel un consejo sabio y generoso que él desoyó. Pero la penitencia iba implícita. Terminó siendo médico y un médico magnífico, entregado profesionalmente a la ciencia, a la docencia y a la gestión universitaria y volcado, sobre todo, en la actividad clínica gineco-obstétrica, que reunía un poco todo ello. Una dedicación tan absorbente ningún resquicio deja para coger los pinceles entre horas. Y él, que en ese tiempo se hubiera contentado con ser un simple pintor de domingo, ni siquiera fue un pintor de Domingo de Ramos, como acostumbra a decir un poco en broma.

Llegada la jubilación, cuando decidió poner fin a su actividad profesional estaba a punto de ser septuagenario. Sin dudar, se fue, como Proust, en busca del tiempo perdido. Buscó un maestro privado y lo encontró: el pintor expresio-

* Universidad de Cádiz (España). delagala@telefonica.net.

nista Ángel Loochkardt, que sujetó su mano, algo indecisa al principio, y corrigió su modo de coger el pincel, viciado, quizá, por el uso firme del bisturí en las cesáreas. Y el ginecólogo Sánchez Torres, que había ayudado a dar a luz a tantas parturientas, asistió ahora a su propio alumbramiento como pintor. Recorrió bodegones de apetitosas frutas, naturalezas muertas que deseaban ardientemente estar vivas, pintó los paisajes colombianos más queridos y, finalmente, recaló en la retratística, donde ha encontrado probablemente la expresión más deslumbrante de su genio.



Viendo su obra, no cabe duda de que Sánchez Torres ha vuelto a congraciarse con los dioses, cuyo designio se atrevió a desobedecer un día. No hay Ulises que no vuelva a su Ítaca. Y en el caso del doctor Sánchez Torres, el viaje ha sido largo y lleno de descubrimientos personales, como pedía Kavafis en su poema. Es miembro de numerosas instituciones científicas, nacionales e internacionales —cuya lista a él le aburre enumerar—, autor de diez libros y de incontables artículos científicos, fundador del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos, del que es actualmente presidente, y ha sido acreedor de importantes galardones, como el Premio Nacional de Medicina, el título de Excelencia de la Medicina Colombiana o el de Maestro de la Obstetricia y Ginecología Latinoamericanas. Precisamente, la portada de *Panace@* nos muestra esta vez el retrato de un obstetra de antaño, en el que no cuesta trabajo reconocer a un joven doctor Sánchez Torres abstraído en sus pensamientos mientras valora, café y cigarrillo en mano, la evolución de las contracciones uterinas o los traveses de

dedo de la dilatación cervical. Ser tocoginecólogo entonces exigía, como él mismo reconoce, una triple dosis de «ciencia, conciencia y paciencia» que hoy no abunda en la profesión.

Que alguien con el prestigio, la genialidad artística y la resolución vital de Fernando pueda ser, además, mi amigo, es, desde luego, una suerte que no podía desaprovechar, y le invité a exponer su obra en las páginas de *Panace@*. Tuve que convencerlo, porque, autoexigente como es, renegaba de sus propios méritos. Menos mal que, aunque nos separan las aguas de un océano, vivimos ambos en el centro mismo del Macondo garciamarquiano, y eso es una complicidad a mi favor. «Dios te pague la benevolencia y Dios te perdone el yerro», me dijo finalmente, usando palabras de Hartzensbusch. Y yo lo he interpretado como un asentimiento amable, lleno de esa humildad que él prodiga en todo lo que hace. Así que asumo muy gustosamente este «yerro», que creo que los lectores de *Panace@* me agradecerán siempre. Lo asumo, además, conscientemente, porque si, en Macondo, Remedios la bella trascendía el mundo agarrada a un blanco destello de sábanas al sol de mediodía, Sánchez Torres se agarra al blanco immaculado de sus lienzos, los cubre de colores cálidos y logra también hacernos levantar unos minutos los pies del hormigón y del asfalto cotidianos. Quizá sea eso. O quizá sea que Fernando Sánchez Torres, como Mauricio Babilonia, tenga también el don mágico de convertir las flores más comunes en ingravidas mariposas amarillas.

